

ciones y esa fatiga, desde el punto de vista sexual (hay otras de otra índole, como la proyección de la irritabilidad y la agresividad social y de las frustraciones no sexuales sobre el cónyuge, en lo que hemos dado en llamar «la dificultad de la convivencia»), y cómo se podría evitar. La idea del «matrimonio a plazo fijo» puede ser la solución de un síntoma en las sociedades que lleguen a adoptarla, pero no la resolución de la enfermedad matrimonial. Parece que una de las razones principales es la falta de información sexual. La creación del mito de virilidad y femineidad pertenece indudablemente a esa falta de información realista producida por el silencio tradicional de los medios de información acerca de los temas sexuales y, por lo tanto, el abultamiento propio de la transmisión de información oral (lo mismo que en la política, el bulo mitifica aquello que la censura pretende silenciar). Pero hay también una ignorancia real en el simple uso de la sexualidad. Cuando se habla —quizá con cierta nostalgia de una época de estupidez— de que hoy «los jóvenes no tienen ya nada que aprender», se está hablando de una cierta «élite», con el error tan frecuente de confundir una punta minoritaria de la civilización con la totalidad de ésta. La realidad es que las consultas de los facultativos más o menos especializados en estas cuestiones están repletas de casos de ignorancia sexual absoluta en matrimonios. No son sólo las mujeres —depositoras ancestrales de la ignorancia—, sino muchos hombres quienes acuden al matrimonio completamente ignorantes de las prácticas sexuales. Los encuentros con prostitutas, también truculentas transmisoras de una fantasía verbal tradicional; los actos incompletos o fugaces, en la clandestinidad y la incomodidad, con algunas compañeras temperamentales —o simplemente cazadoras de matrimonio con más audacia que otras— les han dado una falsa noción de saberlo todo. Y aun así, hay que contar con que los anales de los consultores se refieren también a una «élite» o una segunda capa de minorías; la gran mayoría de los ciudadanos guardan en el silencio y la nocturnidad de sus alcobas ignorancia y frustración, no se lo comunican a nadie. Pero son luego ciudadanos peligrosos, irritables, inestables o agresivos. Y conducen a la crisis del matrimonio.

En este sentido, los manuales de iniciación sexual, que con diversos títulos se están multiplicando en estos días, son de considerable ayuda. Una inmensa mayoría de ellos son comerciales, hipócritas, conservadores, ñoños, mal escritos, incompletos, conformistas: aun así, encierran algunas verdades esenciales y son mucho mejores que el silencio que les precedía.

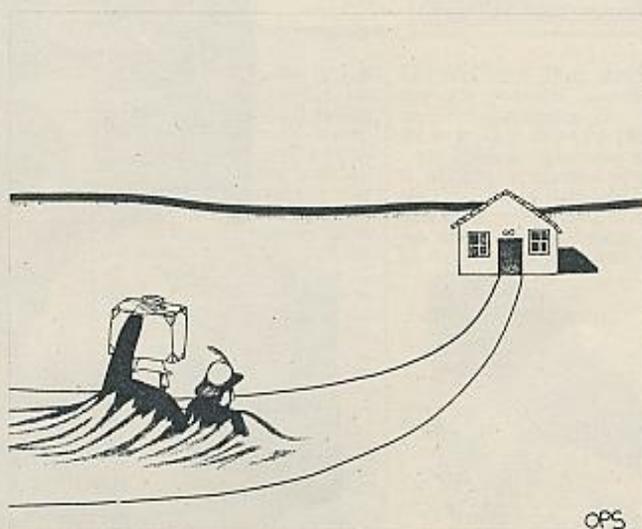
Estas nuevas nociones de la función matrimonial aparecen simultáneamente con la conservación de las viejas tradiciones y de las tensiones sociales. El matrimonio si-

que siendo una transmisión de bienes y una administración de la sociedad futura. Las contradicciones internas, el sistema vectorial de fuerzas opuestas lleva a la institución a un punto grave. Ha aparecido en los matrimonios el «miedo a los hijos», y no solamente como carga económica —que ese es un problema antiguo— o como hipoteca de libertad, sino como miedo auténtico y real del nuevo desafío a la autoridad parental que desarrollan las nuevas generaciones. El miedo antiguo de «criar hijos para la guerra» se ha convertido —sin que el anterior se descarte— en el de criar hijos asociales de cuya asocialidad —si realmente se la puede llamar así, y no simplemente creer que son el germen de una sociedad «otra»— los estamentos más rígidos suelen hacer culpables a los padres, y no sólo de una manera moral, sino subsidiaria.

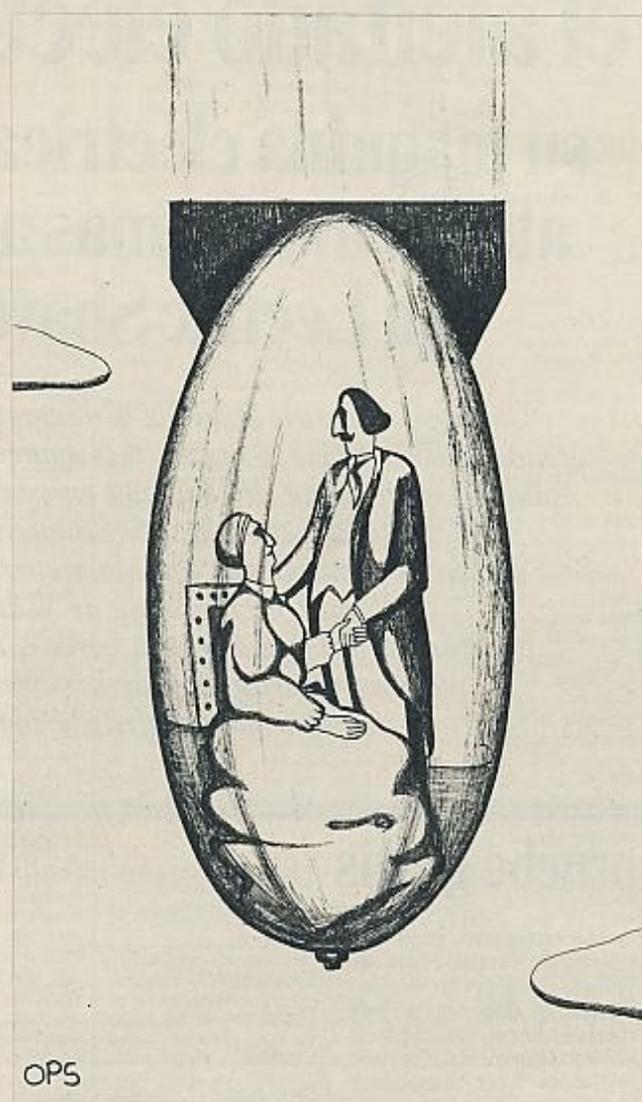
Dentro de la crisis general de Occidente está la imagen de otras sociedades, y ello afecta muy especialmente al matrimonio. De la misma forma que el hombre dejó de creerse centro y eje del Universo, la raza blanca y el ciudadano de Occidente, con la pérdida de su hegemonía moral —aunque se esté prolongando por otros medios— ha dejado también de creerse el único poseedor de la verdad. De esta forma, su imagen del matrimonio como cima máxima de lo posible se tambalea también. Se admiten —y no ya como bárbaros— otros grupos sociales donde las formas de matrimonio son distintas: poligamia o poliandria, ciertas formas de incesto, costumbres sexuales prenupciales, intercambio de esposas, cohabitación común o matrimonio de grupos, nos hacen comprender otros contextos sociales donde lo que nosotros teníamos por aberrante es considerado como moral y normal. Incluso la nueva zoolofía que trata de buscar ciertas claves del comportamiento humano en el comportamiento animal sirven para atacar el concepto occidental de matrimonio y familia, de lo tenido como ortodoxo hasta ahora con ayuda del falso concepto de lo «natural», de lo que está contenido en «leyes inmutables» —que ya sabemos que no lo son— de «la Naturaleza» —que ya sabemos no existe en forma de código—.

Es prácticamente imposible separar el tema de la crisis del matrimonio de otros temas de la crisis general de una sociedad que busca formas de renovación. Evolucionará en tanto que evolucione el concepto general de la sociedad. Si aceptamos que algo tan aparentemente alejado del tema matrimonial como es la profilaxis, la terapéutica y la prolongación de la vida humana ha tenido una incidencia tan profunda como la señalada al principio, podemos pensar que precisamente por el concepto de célula primaria, original y primordial de la organización que le confieren leyes y costumbres, el matrimonio recibe todas las incidencias posibles en las constantes mutaciones del contexto. ■ J. A.

OPS



OPS



OPS